Viernes 29 de Agosto 81

Lección de moral pública

Fernando Medrano

Claro que no todos los periodistas se llaman Miguel Angel Granados Chapa ni todos los funcionarios y políticos se llaman José López Portillo. Pero qué bueno sería que periodistas, funcionarios y políticos, importantes y menores, conocidos y anónimos, tomaran provecho de la lección de civismo y de moral pública que han dado Granados Chapa y López Portillo.

El primero, con su inteligencia excepcional y con un valor poco común —“asumimos, desde luego, la responsabilidad ética o jurídica que pudiera desprenderse de lo que sigue”— habló del asunto del *rancho de Tenancingo* de un modo serio, responsable, respetuoso pero firme. Lo hizo con pleno conocimiento y con pruebas. No pretendió ser hostil o hiriente pero estuvo muy lejos de ser pusilánime. Como en muchas, muchísimas ocasiones, asumió su deber de periodista y lo cumplió con rectitud y brillantez.

El Presidente, con el solo hecho de haber dado respuesta inmediata, pública y comedida al periodista, evidenció un gran respeto a éste, a la opinión nacional y a sí mismo. Pero su decisión de no aceptar el rancho y su reflexión de que las palabras de Granados, como un espejo, le habían hecho “ver reflejada mi imagen en la opinión del pueblo de mi patria”,

lo hizo alcanzar toda su dimensión de ser humano, de hombre público y de máximo dirigente nacional. Se mostró como un presidente que, en vísperas de su último año de gobierno, está lejos de sentirse infalible.

Cómo refresca el ambiente que haya quienes son capaces de criticar sin injuriar o calumniar y llevar sus críticas hasta donde sea necesario, inclusive hasta la respetadísima figura del jefe del Estado. Y cuánto lo refresca el que alguien, precisamente el Presidente de la República, sea capaz de reflexionar y rectificar una decisión personal a partir de la crítica de un periodista. Valentía y humildad, ambas en la más digna de las acepciones, son palabras que con estos actos cobran un sentido nuevo que mucha falta hace en nuestro ambiente a veces desesperantemente enrarecido.

Y uno se pregunta si después de la columna y la carta no habrá un sentimiento de rubor

entre otros periodistas y otros políticos y funcionarios. ¿No les dará vergüenza a quienes usan el periodismo como negocio ilícito y sucio para vender sus adjetivos y su complicidad al mejor postor? ¿No les dará vergüenza a los que aplauden desde las páginas de los diarios sin distinción ni escrúpulos? ¿Y a los que a sabiendas engañan, a los que calumnian para cotizarse más alto o para servir a intereses ocultos? ¿Y a los que toman el periodismo como un estado de excepción e impunidad y el oficio como patente de corzo para recibir beneficios, “atenciones”, contratos, concesiones, favores o en los casos más inocentes, simplemente un trato “distinguido”? ¿Y a los que están esperando el fin de año con suficiente espacio en sus garages o en sus salas o en los cuartos de servicios para guardar las canastas y los costosísimos regalos con cargo al erario público?

¿Y no les dará vergüenza a los funcionarios

y políticos que han aceptado ranchos, casas, automóviles y otras chucherías de los generosos habitantes del Estado de México o de otros estados de la República? ¿Y a los que se sienten por encima de toda crítica y no guardan respeto alguno hacia los demás, apoyados en su capacidad para corromper o en su desdén por la opinión nacional? ¿Y a los que mienten por sistema y montan en cólera cuando alguien pone en duda que sus fortunas provienen de las regalías de sus libros, de su trabajo y ahorro de toda la vida, de billetes de lotería o de la generosidad de parientes ricos? ¿No sentirán todos éstos alguna vergüenza?

Lo más probable es que no. La dignidad de un hombre público, es algo que solamente entienden quienes la practican y quienes desde afuera, como el hombre de la calle del que hablaba Juan Lezama ayer, son ajenos al quehacer político. La dignidad y la rectitud son incomprensibles para quienes las han perdido o no las han tenido nunca. Por eso creo que ninguno de ellos podrá sentir vergüenza.

Estas son las circunstancias en que surgen la columna de Granados Chapa y la respuesta del presidente López Portillo para materializar un episodio de dignidad y señorío.